

Henri Troyat

## CUANDO INDULTARON A DOSTOYEVSKI

Henri Troyat, en su estudio biográfico «Dostoyevski» (1) nos ofrece el alucinante relato que reproducimos. La acción se sitúa en diciembre de 1849. Dostoyevski, en mayo de 1846, había conocido al funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores Petrachévski, fundador de uno de los grupos conspiradores que se agrupan bajo la genérica denominación de los de «los años cuarenta». Participa en reuniones durante los años siguientes. Hasta que, por la delación del espía Antonelli, es detenido en su casa y trasladado, junto con varios compañeros, entre ellos Petrachévski, a la fortaleza de Pedro y Pablo. A punto de ser ejecutados, el indulto del Zar salva, en última instancia, a los condenados.

(1) «Dostoyevski», Henri Troyat. Ediciones Destino.

El 21 de diciembre de 1849, los presos no saben aún nada del castigo que les ha sido impuesto. Ya no les interrogan. Y no les explican nada. ¿Irán a ponerles pronto en libertad?

El 22 de diciembre, a eso de las seis de la mañana, los jóvenes se despiertan por un rumor de pasos que se acercan. Ordenes. Ruido de tacones. El tintineo de una vaina de sable dando contra una pierna. Una llave gira dentro de la cerradura. La puerta se abre. Un oficial de guardias y el inspector de la prisión entran en la celda y entregan sus trajes civiles a los condenados. Luego, uno por uno, conducen a los «petrachevtsy» hacia la salida.

Apenas franqueado el umbral, el aire helado azota a Dostoyevski en pleno rostro. Está tiritando. Mira el neblinoso amanecer. En el patio hay una fila de coches de alquiler. Pifan los caballos de los guardias. Se oye un ruido de cascos y de arneses. Uniformes azules corren de derecha a izquierda. Empujan a los condenados hacia los coches. «Uno por coche», exclama una voz. Un guardia se instala en la banqueta, junto a cada preso. Cuando todos están colocados, se oye una breve orden y el convoy se pone en marcha, escoltado por la caballería, con los sables desenvainados. ¿A dónde les conducen? ¿Les van a leer el veredicto del tribunal militar? Pero, ¿cómo explicar entonces este interminable trayecto, este rodeo?

—¿A dónde vamos? —pregunta Spéchniev al guardia que le acompaña.

—Nos está prohibido decirlo —contesta el otro.

Una capa de escarcha empaña los cristales de las portezuelas. Parece que están atravesando el

Neva, porque los cascos de los caballos patinan sobre el empedrado de madera de uno de los puentes. ¿Y no es la pedregosa calzada de la Liteinaia esto que sueña ahora bajo las ruedas del coche? Spéchniev quiere limpiar el vaho blando de los cristales, pero el guardia le detiene:

—No haga eso; si no, me darán una paliza.

Después de tres cuartos de hora de camino, las berlinas se detienen por fin y se abren las portezuelas.

La inmensa plaza de armas del regimiento Semenovski. Ha nevado durante la noche. Encima de los cuarteles amarillos, los tejados están completamente blancos, completamente nuevos y humean suavemente. Una muchedumbre densa se ha colocado a ambos lados: comerciantes barbudos con cuellos de piel, mujeres con los pañuelos anudados bajo la barbilla, estudiantes con gorras, funcionarios con escarpelas, tres o cuatro mil personas en total.

En el centro, una tarima de pino rodeada de una empalizada. Las tropas están dispuestas en cuadro ante este patíbulo. Más allá, tres piquetes clavados en la tierra. Los coches se vacían uno por uno. Dostoyevski reconoce a Spéchniev, sereno y despreciativo, según costumbre; a Grigóriev, enfermo de pánico, y a Petrachévski. Se lanza hacia ellos, les abraza.

—¡En fila! —grita una voz imperiosa.

Un sacerdote, vestido de negro, llevando la cruz y el Evangelio, se coloca a la cabeza del cortejo, y los condenados le siguen. Van entumecidos. Tropicizan en la nieve blanda.

—¿Qué nos van a hacer? —pregunta uno de ellos en voz baja.

—Nos van a leer el veredicto...



Dostoyevski.

Todo el mundo a trabajos forzados...

—¿Para qué están ahí esos postes, entonces?

—Nos van a atar... Quizá nos fusilarán...

—¡Figúralos!

Los veinte jóvenes desfilan ante las tropas y suben la pequeña escalinata del patíbulo. El oficial de plaza procede al llamamiento de los condenados y los reparte siguiendo un orden misterioso: nueve del lado derecho de la plataforma y once al lado izquierdo. Detrás de cada condenado hay un guardia. Al pie de la tarima, el grupo de generales condecorados se pavonean en la plaza, dándose gran importancia.

Dostoyevski se halla junto a Mombelli. No está muy inquieto. No tiene la sensación de pertenecer al mundo en que se está desarrollando esta revista de gran espectáculo. Se encuentra en otra parte. De pronto, experimenta la necesidad de contarle a su vecino el tema de un cuento que ha pensado en la cárcel.

Pero unos gritos le interrumpen:

—¡Atención!

—¡Quítense los sombreros!

Nadie se mueve. Los condenados no han comprendido que esas palabras se dirigían a ellos. Unas voces se levantan entre el grupo de los generales:

—¡Quítense los sombreros! Van a leer la confirmación de la sentencia.

Los «petrachevtsy» obedecen por fin. Están descubiertos, con este frío que les aprieta las sienes y les hace llorar.

El cielo es de un gris límpido. En la abundante nieve, los pasos de los jóvenes han dejado grandes hoyos blandos. En sus zapatos brillan capas de escarcha. El guardia de servicio les echa su aliento caliente en la nuca.

El auditor aparece en el centro del patíbulo y, con voz monótona, rápidamente, lee el texto de la sentencia. Va enumerando, para cada uno, los crímenes de que es culpable y termina la exposición de los motivos con estas sencillas palabras:

—Condenado a pena de muerte.

Petrachévski, Mombelli, Grigóriev, Akchamúrov... Nueve veces

ya, el auditor ha pronunciado la sentencia. Añade:

—Dostoyevski... condenado a pena de muerte.

Fiódor Mijaílovich se estremece como si le sacaran de un sueño. «La pena de muerte». En este momento, el sol atraviesa la niebla e ilumina la cúpula dorada de la iglesia Semenovski, en la que hay unas placas de nieve.

—¡No es posible que nos fusilen! —exclama Dostoyevski.

Pero Mombelli, por toda contestación, le muestra un carro cubierto con un toldo.

La tela marca vagamente la forma de los ataúdes. (En realidad, era un montón de ropas.)

Dostoyevski no comprende aún. Maquinalmente, observa una verruga sobre la mejilla de un guardia, el reflejo de un botón de cobre. Mira —lo recordará toda la vida— cómo dobla el auditor su papel por los dobleces, cómo se lo mete en el bolsillo y se pellizca la oreja con la punta de los dedos, bajando lentamente los escalones del cadalso...

En seguida, un pope le sustituye. Con voz emocionada pronuncia un sermón sobre el texto de San Pablo: «La redención del pecado es la muerte». Explica a estos desdichados que nada termina aquí abajo y que una eterna bienaventuranza espera a los que saben arrepentirse. Luego, les da a besar el crucifijo; sólo Shaposhnikov, un hombre del pueblo, pide confesarse. Por lo demás —detalle curioso que nadie ha notado al principio—, el sacerdote no se ha provisto de los Santos Sacramentos.

Dostoyevski ha besado la pequeña cruz de plata, dura y helada. Se yergue. Ahora ya no puede dudar. La presencia del sacerdote ha disipado sus últimas esperanzas: ¿quién se atrevería a asociar la Iglesia con una comedia?

Pero el castigo es desmesurado con relación al crimen. «No he merecido esto». Nadie ha merecido esto. La injusticia engrandece a estos miserables, que tiritan en el centro de la plaza sobre una plataforma de madera. Les eleva al rango de los mártires. Y ellos se dan cuenta. Y sienten con todo su corazón la volubilidad del sacrificio inútil. «El asunto por el que nos habían juzgado, los pensamientos y aspiraciones que nos llegaban al alma, no suscitaban en nosotros ninguna sensación de arrepentimiento; pero nos parecía que nuestro suplicio nos purificaría, en cierto modo, y que, gracias a él, muchos pecados nos serían perdonados», escribió Dostoyevski en el *Diario de un escritor*. Sí, esta causa, sobre la que habían discutido a tontas y a locas, confrontando sus frívolos ensueños, pavoneándose, denigrando unas cosas y burlándose de otras, he aquí que les

# LA PENA DE MUERTE

parece ahora sagrada, porque van a morir por ella.

El sacerdote ha bajado de la tarima. Dos hombres se acercan a los condenados: los verdugos. Visten hopalandas de color. Tienen gordas manos de carniceros, llenas de pelos. Suenan el clarín. Los tambores repican en los campos, y este redoblar fúnebre repercute en los muros de los cuarteles. Disminuye y renace, obsesionante, ensordecedor, interminable... Los conjurados se han puesto de rodillas. Por encima de sus cabezas, los verdugos rompen espadas como símbolo de caducidad. Después, les revisten con vestidos blancos de tela de saco con mangas largas y capuchas.

Atan a los tres primeros, Petrachévski, Mombelli y Grigóriev a los postes, y los verdugos les bajan las capuchas sobre los ojos. Una orden breve. Tres pelotones salen de las filas y se alinean delante de los condenados.

Dostoyevski cierra los ojos. Es el sexto en la orden de ejecución. Está en el próximo turno. Dentro de cinco minutos estará atado a estos mismos postes. Una horrosa angustia le embarga. No se deben perder estos cinco minutos. Hay que emplearlos lo mejor posible, extraer de ellos toda su esencia y toda su secreta alegría antes de caer en la Noche. Divide en tres partes el tiempo que le queda para vivir: Dos minutos para decir adiós a sus amigos. Dos minutos para reflexionar. Un minuto para mirar por última vez el mundo.

¿Pero sobre qué reflexionar, mirar el qué? Tiene veintiséis años; tiene la plena conciencia de su fuerza y de su talento y de pronto... la muerte. Existe, está vivo, y dentro de tres minutos, no será nada, o será otra cosa o alguien distinto. Aún mira la cúpula de la catedral. Y no puede apartar los ojos de esta cúpula deslumbrante de oro y sol. Le parece, de un segundo a otro, estará sólo en presencia de esta tranquila luz. Formarán una sola cosa. El se convertirá en esta claridad, en esta calma. Se sumergirá en lo desconocido. Un micdo convulsivo le sobrecoige. «¿Si no muriese?... Si me fuera devuelta la vida... ¡Qué eternidad!... ¡Y todo esto sería para mí!... ¡Oh!, entonces se transformaría cada minuto en un siglo, no perdería ni uno solo, llevaría la cuenta de todos mis momentos para no gastar ninguno a la ligera!...» (1).

Mientras tanto, los soldados cargan sus fusiles y apuntan. El silencio hace daño. Un grito: «¡Fuego!», y estos cuerpos van a desplomarse sobre el suelo con una dejadez ridícula. Se los llevarán. Y los sustituirán por otros tres. Pero, ¿por qué no disparan?

(1) «El idiota».

Con una sangre fría perfecta, Petrachévski levanta su capucha para ver lo que ocurre. Un ayuda de campo agita su pañuelo. Tocan a retreta. Los verdugos desatan a Petrachévski levanta su capucha góriev y les vuelven a llevar a la tarima.

El auditor se acerca de nuevo y lee, tartamudeando atrozmente, el indulto:

—Habiendo merecido los culpables la pena de muerte, según la ley, son indultados por la clemencia infinita de Su Majestad el Emperador...

Los trabajos forzados, el destierro... La alegría cae como un mazo sobre Dostoyevski. ¡Salvado! ¡Qué importa todo lo demás! Veinte años más tarde, le dirá a su mujer: «No recuerdo ningún día tan feliz».

Algunos de sus compañeros, en cambio, se encuentran tan agotados por la emoción y tan asqueados por la comedia, que echan de menos la muerte a la que han escapado. Grigóriev está lívido. Tiembla. Le castañetean los dientes. Se ha vuelto loco. ■

Truman Capote

## UN SIMPLE TESTIGO

«Una mañana de noviembre de 1959, hojeando el "New York Times", vi una breve reseña sobre el asesinato de Holcom: Asesinato de un rico granjero y de tres miembros de su familia. H. W. Clutter, su esposa y sus dos hijos, encontrados muertos en su casa de Texas... Me fui a Texas sin la menor idea de lo que iba a ser la novela. Al principio ni siquiera sabía si iba a poder sacar una novela. Durante cinco años entrevisté a cada uno de los personajes... Con Dick y Perry no he inventado nada... Terminé mi libro en abril de 1965; fueron ejecutados también en abril de 1965. Sentía simpatía por ellos; pero en mi libro no dejo nunca traslucir mis sentimientos a este respecto». A continuación, últimas páginas de «A sangre fría» (1).

(1) «A sangre fría», Truman Capote. Ed. Noguer.

**D**EWY les había visto morir, pues se había contado entre los veintinueve testigos invitados a la ceremonia.

No había presenciado nunca una ejecución, y cuando, a medianoche, entró en el almacén, el escenario le sorprendió: había esperado un lugar digno y no aquella caverna tristemente iluminada, llena de maderas y trastos en total desorden. Pero la horca, con sus dos lazos pálidos atados a la viga, imponía lo suyo. Y lo mismo el verdugo, que con inesperada elegancia, lanzaba, desde su plataforma, sobre los trece escalones de madera, una larga sombra. El verdugo, individuo anónimo, endurecido, importado especialmente de Missouri para el acontecimiento por el que recibiría seiscientos dólares, llevaba un viejo traje cruzado, a rayas, demasiado holgado para su escuálida persona, la chaqueta le llegaba casi hasta las rodillas y llevaba en la cabeza un sombrero de cow-boy que quizá de nuevo fue verde brillante, pero que ahora se había convertido en una cosa estrambótica deshecha por el sudor y el tiempo.

Dewey encontró además desconcertante la charla, voluntariamente indiferente, de los demás asistentes al acto mientras esperaban el comienzo de lo que uno de ellos llamó «las festividades».

—Oí decir que pensaban echar a suertes quién de los dos tenía que ser el primero. Haciéndolo a las pajas o echando una moneda al

aire. Pero Smith dijo que por qué no por orden alfabético. Imagino que porque la «ese» viene después de la «hache». ¡Ja!

—¿Leíste en el diario, en el de la tarde, lo que pidieron para su última comida? Los dos el mismo menú: gambas, patatas fritas, pan al ajo, helado y fresas con nata. Tengo entendido que Smith no le hizo gran caso.

—Ese Hickock tiene buen sentido del humor. Me cuentan que hará una hora, uno de los guardas le dijo: «Esta debe de ser la noche más larga de toda su vida». Y Hickock va, se ríe y contesta: «No, la más corta».

—¿Has oído lo de los ojos de Hickock? Se los deja a un oculista. En cuanto la diñe, ese médico le sacará los ojos y los pondrá en la cara de alguien. Ni que decir tiene que no querría yo estar en el pellejo de ese alguien. ¡Mira que tener sus ojos en mi cara!

—¡Atiza! ¿Es esto lluvia? ¡Y yo he bajado todas las ventanas! De mí Chevy nuevo. ¡Atiza!

La repentina lluvia tamborileaba en el tejado del almacén. Su ruido, no demasiado distinto del «ram-ram-rata-plam» de los tambores, anunció la llegada de Hickock. Acompañado de seis guardias y un capellán que rezaba, entró en el mortal lugar, esposado y con una especie de arnés de cuero negro que le ataba los brazos al torso. Al pie de la horca, el alcalde le leyó la orden oficial de ejecución, un documen-

to de dos páginas. A medida que el alcalde leía, los ojos de Hickock, debilitados por medio decenio de celda, escudriñaron el pequeño auditorio y, no viendo lo que buscaban, le preguntó al guardián que tenía más cerca, en un susurro, si no había ningún miembro de la familia Clutter presente. Al contestarle que no, el prisionero pareció contrariado, como si pensara que el protocolo de aquel ritual de venganza no fuera observado como era de rigor.

Como de costumbre, el alcalde, terminada la lectura, le preguntó al condenado si quería hacer su postrera declaración. Hickock asintió con la cabeza:

—Sólo quiero decir que no os guardo rencor. Me enviáis a un mundo mejor de lo que éste fue para mí.

A continuación, como para dar más énfasis a sus palabras, les dio la mano a los cuatro hombres principalmente responsables de su captura y condena, los cuales, todos, habían pedido presenciar la ejecución: los agentes del KBI Roy Church, Clarence Duntz, Harold Nye y Dewey.

—Un placer volver a verles —dijo con su más encantadora sonrisa.

Era como saludar a los invitados a su propio funeral.

El verdugo tosió, se quitó con impaciencia su sombrero de cowboy y se lo volvió a poner, gesto que recordaba en cierto modo una gallina que erizase las plumas del cuello y las volviera a bajar. Hickock, empujado suavemente por un asistente, subió los escalones del patíbulo.

—El Señor nos la da, el Señor nos la quita. Loado sea el nombre del Señor —entonó el capellán mientras arreciaba la lluvia, el lazo era colocado y una venda negra atada alrededor de la cabeza del preso, tapándole los ojos—. Que el Señor tenga piedad de tu alma.

El escotillón se abrió e Hickock quedó colgado durante veinte minutos enteros, hasta que al fin el doctor dijo:

—Declaro que este hombre ha muerto.

Un coche fúnebre, con los faros encendidos y perlados de lluvia, entró en el almacén, y el cuerpo, colocado en una camilla y cubierto con una manta, fue llevado hasta el coche y luego afuera, en la noche.

Viéndolo marchar, Roy Church movió la cabeza:

—No creí nunca que tuviera tantas agallas. Que se lo tomara así. Creía que era un cobarde.

Su interlocutor, otro agente, le contestó:

—¡Oh, Roy! El tío era un mierda. Más malo que el diablo. Se lo merecía.

Church, con ojos pensativos, seguía moviendo la cabeza.

Mientras aguardaban la segunda